

Poniendo el cuerpo

O una semblanza de la Adriana que yo conocí ...

Año 1988. Hacía cinco años que estábamos en democracia, el mismo lapso que llevaba cursando la Licenciatura en Física en la UBA, algo atrasada a esa altura ya que había trabajado en paralelo todos esos años. El Departamento de Física de la FCEyN aún conservaba importantes resabios del oscuro lugar que había ocupado en la época del proceso; entre las consecuencias, había un relegamiento de la física experimental que, salvo honrosas y valiosísimas excepciones, era reducto de grupos anquilosados y quedados en el tiempo. En concordancia, el plan de estudios de la licenciatura de ese entonces incluía solamente dos materias experimentales: en la primera, Laboratorio I, el profesor se limitaba a dar clases teóricas sobre distintas técnicas, y los supuestos experimentos eran especialmente aburridos (incluían clases enteras puliendo una pieza de metal, por ejemplo). La segunda materia experimental, Laboratorio II, consistía en una pasantía en un laboratorio de investigación que podía ser externo a la Facultad. Demás está decir que mi compañero de grupo, Jaime, y yo no dudamos en buscar aire afuera, y así fue como nos decidimos por hacer el trabajo en el Laboratorio de Medios Porosos de FIUBA, dirigido por Marta Rosen.

Qué fue lo que motivó la elección? Probablemente lo decisivo no fue la propuesta concreta del trabajo, tampoco el lugar (al que se llegaba siguiendo un laberinto repleto de materiales en depósito o desuso y pasando por algunas aulas) y mucho menos su ubicación (ambos vivíamos en zona norte y teníamos horas de viaje hasta allí), sino el espíritu de la gente que trabajaba en el grupo: el entusiasmo, el compromiso y una sensación, difícil de identificar en su momento, de reencuentro con algo. Nuestra codirectora (y en la práctica nuestra verdadera directora) era Adriana Calvo, una mujer vivaz y tremendamente entusiasta, que trabajaba codo a codo con nosotros y que estaba por ese entonces terminando un doctorado postergado por obvias razones. Enseguida conectamos.

Muy poco después supe quién era Adriana, y supe de su testimonio desgarrador contado por ella en primera persona. Ella también supo de mi historia, y se generó un lazo entre ambas. Yo hasta ese momento había evitado escuchar testimonios directos de detenidos desaparecidos, era una barrera que no podía superar, y en parte lo sigue siendo hasta el día de hoy. Para Adriana, en cambio, la forma de seguir viviendo con el pasado era enfrentarlo, revivir el detalle de lo que su cuerpo y el cuerpo de su beba habían soportado y con sus testimonio confrontar al mundo. La nuestra fue una relación intensa y difícil, pero el lazo no se rompió nunca, a pesar de las importantes diferencias políticas que tuvimos con los años. En cada marcha o encuentro en el que nos encontramos siempre nos abrazamos emocionadas.

Adriana fue una luchadora incansable, una de las personas más valientes que he conocido. Ponía el cuerpo en cada ocasión, de todas las maneras posibles y con todas las acepciones que eso implica; paradójicamente fue ese cuerpo el que le pasó factura a una edad temprana, cuando todavía tenía tanto para darnos. Todavía sigue doliendo su ausencia física. Ella sigue presente, ahora y siempre.

Gabi Pasquini, hija de Liliana Mizraji y Eduardo Pasquini, desaparecidos en 1976.

Desde hace años física experimental, actualmente investigadora CONICET y profesora de la UBA.